

sion de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo: ¿por qué no podrian entenderse y avenirse? Ni cabe transaccion en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incésante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliacion, que es á no dudarle una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfaccion presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede sin embargo obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Mas ó menos el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España, es urgente, apremiador, porque no solo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situacion actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es mas que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusion de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonacion que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignacion de un pecho herido por el descaro

de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazon se ha dado al hombre para sentir, y que la religion y la razon declaran santa una indignacion que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignacion no es la rabia; que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante aullido de ciega desesperacion. Solo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razon de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazon protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas ignobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo, su mas bien templado escudo es la santidad de su causa. No empaféis su lustre, escoltándolas con indigno cortejo; no creais robustecerlas dándoles auxiliares villanos: no hagais que se defiendan con armas vedadas; estas las sientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino. — J. B.

FRENOLOGÍA.

Nuestros lectores tienen ya noticia del curso de Frenología que principiará en esta ciudad el día 7 de marzo,

bajo la enseñanza de don Mariano Cubí y Soler, como y tambien de su obra titulada: *Frenología, ó sea filosofía del entendimiento humano manifestado por medio del cerebro*, que dicho señor tiene prometida al público, y cuyo prospecto ha salido ya á luz. A primera vista, este asunto podria parecer de escasa importancia, limitado, como le juzgarán quizás algunos, á meras teorías científicas, que no es dable descindan á la práctica sino á manera de diversion y entretenimiento. Nosotros sin embargo miramos la cosa de otro modo, opinando, que el negocio es sobrado grave para que no deban ocuparse de él aquellas publicaciones, entre cuyos objetos figura la observacion del desarrollo del espíritu humano, y muy particularmente la aplicacion que de una ciencia quiera hacerse á la instruccion y educacion de los pueblos.

Ante todo debemos advertir, que por mas nueva que sea en este país la pública enseñanza de la frenología que tanto ruido está metiendo años há en los grandes centros de la ciencia europea, no sonaremos contra ella la alarma, ni diremos que la religion católica cuya defensa es el principal objeto de nuestra Revista, tenga nada que temer de los hechos ideológicos y fisiológicos de cuya exposicion trata de ocuparse el ilustrado profesor. Conocidas son nuestras convicciones, sabido es que la idea dominante de los ensayos que hemos ofrecido al público, consiste en que la religion católica ganará tanto mas en estimacion, cuanto mas profundo sea el exámen á que se la someta; que no tiene ni manchas que ocultar, ni errores que encubrir, para que se vea precisada á vivir en las sombras y á huir el cuerpo al contacto de las ciencias. Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, y encomendó el depósito de la fe á la Iglesia; siglos hace que la naturaleza, la historia y la experiencia son consultadas sobre los grandes secretos de Dios, del hombre, y de las relaciones que unen á la criatura con el Criador: despues de tantos experimentos, de tanta observacion, de tantas hipótesis, de tantos sistemas, no se ha podido señalar un hecho, un so-

lo hecho, en contradiccion con la fe católica. La incredulidad ha levantado con frecuencia la voz gritando alborozada: *lo he encontrado*; mas bien pronto un exámen mas detenido y mas profundo de la materia ha venido á desmentir al aplauso prematuro.

No ignoramos las inculpaciones que se han dirigido á la ciencia frenológica, tachándola de contraria á la religion y á los sanos principios, inculpaciones de que se hace cargo el Sr. Cubí cuando en su citado prospecto nos dice (1): «Increible parece que la Frenología á cuyos prinzipios, ni la Iglesia ni la Inquisizion, en el tiempo de su mayor rijidez se opusieron, que la Frenología, digo, que prueba i demuestra palpablemente, no solo la existencia de Dios sino tambien que le es tan natural al hombre la religion como la sed, el amor, y demas instintos animales, haya sido tachada de irreligiosa. Pero desde que la voz de los mas grandes teólogos, católicos i protestantes, se ha elevado indignada contra tamaña calúnnia ya no se cuestiona su ortodójia. Véase, sino, con qué ahinco i animacion hablan en favor de lo moral i religioso de la Frenología el abate Frére, el abate De-Luca, el abate Restani, el párroco Giacoma, i otros eminentísimos católicos prelados, zelosos todos de que se mantengan puros é ileosos los dogmas de la Iglesia católica. Lord Whately arzobispo de Dublin dize tambien que las objecciones morales i religiosas hechas á la Frenología son del todo fútiles.»

No recele el Sr. Cubí que le achaquemos á su doctrina defectos que no tenga, ni le atribuyamos tendencias de que carezca: la examinaremos con el detenimiento que su

(1) Trascibimos las palabras del Sr. Cubí con la misma ortografía que él ha creído deber emplear. Estamos seguros de la verdad de la protesta de dicho señor cuando asegura que no la sigue por el prurito de singularizarse, sino por el convencimiento de que es útil: respetamos como es debido su opinion; pero no nos es dable adoptarla.

importancia reclama, manifestando nuestra humilde opinion con entereza y lealtad.

Dos principios fundamentales asienta el Sr. Cubi constitutivos en su concepto de la ciencia frenológica. Es el primero, «que el alma, mente ó entendimiento humano obra por medio del zerebro.» El segundo «que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos zerebrales.»

Que hay una relacion entre el entendimiento y el cerebro, que este es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposicion natural ó accidental, resultan los mas variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada día. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su origen en afecciones cerebrales; de estas dimanar tambien los sueños mas ó menos variados, mas ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo estas ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienacion mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltacion de las facultades del alma que se sigue á la inmutacion del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso, á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frio.

Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relacion entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre esta y el cerebro. El influjo fisico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis mas ó menos análogas á las sobredichas, to-

das dimanar de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relacion, de una comunicacion, de una reciproca influencia tan ciertas como incomprendibles.

Bonald copiando á Platon, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre estos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna funcion; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la vision, el tímpano será el órgano del oido, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusion de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocacion. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser comprendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este

sentido se dijese que el cerebro, ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresion seria no solo inexacta sino falsa; porque entonces se daria á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que este contribuye inmediatamente á la formacion de aquellos; lo que daria por el pié á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquel es esencialmente simple; esta esencialmente compuesta: aquel supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce; esta es por necesidad múltiple, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes: aquel existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud puede decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en aquella es imposible encontrar ese ser *uno* indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

Esta es la razon profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la union del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con que recíprocamente se comunican y se afectan. Veian el hecho, lo palpaban en sí y en los demás; el fenómeno de la accion del alma sobre el cuerpo y de este sobre aquella, se les ofrecia fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la accion recíproca, no comprendian cómo lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que

provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocian toda la extension y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar, y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo se verifica, ni de señalar preferencia á ningun sistema filosófico; y si únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestion frenológica, ó sea en el exámen de los hechos, cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.

Si no comprendemos mal el sentido de las palabras del citado prospecto, coinciden con los principios que acabamos de sentar, por mas que no se expresen tal vez con la rigurosa exactitud y con todas las aclaraciones que las acompañan en la explicacion que precede; porque no era este el objeto que se proponia el Sr. Cubi, ni tampoco hubieran tenido lugar en los estrechos límites á que se propuso reducirse. Pero por lo mismo que nos habla del *alma que obra por medio del cerebro, que posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales*, bien se deja entender que en su opinion el alma es cosa distinta del cerebro; por consiguient-

te sería una injusticia achacarle lo que á otros frenologistas se ha achacado, que confundian aquella con este, que reducian las operaciones puramente intelectuales y morales á modificaciones y funciones de un órgano material, y que bajo pretexto de aclarar fenómenos fisiológicos, daban un golpe mortal al espiritualismo, destruian la libertad humana, hacian imposible toda moralidad, y resucitaban el hombre-máquina de La-Metrie.

El segundo principio contiene dos partes: 1.^a, que el alma posee diferentes facultades; 2.^a, que estas facultades ella las manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales. La primera es una verdad fuera de duda; pues nadie ha negado jamás, que aun cuando el alma sea una sustancia simple é indivisible, posee no obstante variedad de facultades que se manifiestan á cada paso, no solo en diferentes individuos, sino tambien en cada uno de ellos. Los ideólogos las han clasificado de diferentes maneras: unos las señalan en mayor, otros en menor número: quien les da este nombre, quien este otro; pero todos convienen en que las facultades son diferentes; en que los actos por ellas ejercidos, no son de una misma naturaleza, y no pueden de ninguna manera confundirse entre sí. En cuanto á la segunda parte, á saber, que el alma manifiesta sus facultades por medio de correspondientes órganos cerebrales, tampoco tiene dificultad; en cuanto expresa que el cerebro es órgano del alma en el sentido arriba explicado. Esta es la razon porque muchos filósofos han opinado que este órgano es la parte donde reside el alma.

La diferencia de los frenologistas con respecto á los demás fisiologistas, consiste en que estos miraban el cerebro como órgano único, y no le distribuian en distintas partes, que fuesen otros tantos órganos particulares de esta ó aquella facultad del espíritu. Mirada la cuestion bajo este punto de vista, se halla totalmente fuera del terreno de la metafísica, de la psicología y hasta de la ideología; y queda encerrada dentro de los límites de la ciencia

fisiológica; no debiendo resolverse por mero raciocinio, sino por la simple observacion de los fenómenos. En efecto, todo está reducido á saber, si en la realidad la experiencia enseña, que exista una relacion entre esta ó aquella facultad del alma, y esta ó aquella parte del cerebro; que el mayor ó menor volúmen, ó la determinada configuracion de dicha parte, está en cierta proporcion con la mayor ó menor fuerza ó energía de la indicada facultad. Si vemos presentar hechos debidamente observados que así lo comprueben, la frenologia podrá merecer el nombre de ciencia; y el paso que habrá hecho dar á los conocimientos humanos será, que así como antes nos limitábamos á saber que el cerebro tomado en complejo y en su totalidad era un órgano del alma, ahora podremos añadir que este cerebro está compuesto de varias partes, siendo cada una de estas un órgano particular de la facultad respectiva. En esto no encontramos nada que repugne la espiritualidad del alma; dado que si en todos tiempos se ha admitido que existia cierta relacion entre el cerebro y las funciones de ella, sin que por esto pudiese inferirse que perdian nada de su indivisibilidad, no habrá tampoco inconveniente en que ahora se diga que el alma conservándose simple, puede tener, con respecto á sus facultades, ciertas relaciones con las diferentes partes del cerebro. Este era compuesto antes, como lo es ahora; si pues dicha composicion no se oponia á la reciproca comunicacion de ambos, tampoco se opondrá en adelante. La misma alma se vale de los ojos para ver; de los oidos para oír; del paladar para gustar, y de los demás órganos corpóreos para recibir las diferentes sensaciones, así como para ejecutar sus voluntades: ¿qué dificultad habrá pues en que se verifique lo mismo por lo tocante al cerebro? No cabe expresar estas ideas de una manera mas clara y distinta de lo que hace nuestro insigne Huarte en su famosa obra titulada *Exámen de ingenios* publicada en Madrid en 1668, obra que asentó las bases del sistema frenológico, que se tradujo en varias lenguas, y que goza todavía

mucha estimacion en los grandes centros de la ciencia europea. «Estando, dice, el animal racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes si para cada una no tiene su instrumento particular. Véase esto claramente en la facultad animal, la cual hace varias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura: una tiene los ojos, otra los oídos, otra el gusto, otra el olfato, y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera mas que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una accion y no mas. De esto manifesto y claro que pasa en los sentidos exteriores, podremos colegir lo que hay allá dentro en los interiores.» Sea cual fuere el concepto que de la ciencia frenológica se forme, siempre es muy curioso que haya sido cabalmente un español y del siglo xvii, es decir de la época de nuestra decadencia, el que haya sentado con claridad y lisura los principios de una ciencia nueva; siendo al propio tiempo lamentable, que en este caso se verifique lo que en tantos otros, de que nuestra dejadez habitual haga que no vindi-quemos como podríamos las glorias nacionales, y que los golpes del genio que en otros países producen un efecto eléctrico, queden entre nosotros confundidos en la oscuridad, y sean los extranjeros quienes se aprovechen de lo que en España se ha pensado ó inventado por primera vez.

No se crea sin embargo que pueda decirse con toda exactitud que Huarte fuese el primero que asentó los principios de que se valen los frenólogos de nuestro tiempo: quizás fué el único que consagró expresamente una obra á este objeto; pero se hallan esparcidas acá y acullá en autores antiguos proposiciones que indican con mas ó menos claridad que los conocimientos frenológicos no eran del todo desconocidos; aun pasando por alto los trabajos de Alberto el Grande en el siglo xiii, de Pietro di Montagna á fines del xv, de Ludovico Dolci á mediados del xvi, de que nos habla el Sr. Cubí en su nombrado prospecto. Los antiguos, comprendiendo en este número los que vivieron en los si-

glos medios y en los que inmediatamente los siguieron, que nosotros con demasiada generalidad apellidamos de tinieblas é ignorancia ó de mucho atraso, sabian sobre materias delicadas algo mas de lo que comunmente se cree; y si bien no disponian de los muchos medios que para aprender tenemos nosotros á la mano, suplian sin embargo algun tanto esta falta con la asiduidad de sus trabajos y la profundidad de sus meditaciones.

En las obras de Santo Tomás se hallan preciosas observaciones sobre la relacion y comunicacion que media entre el alma y el cuerpo; siendo de admirar que un escritor del siglo xiii pudiese alcanzar á expresarse con tanta exactitud, con tan fino discernimiento, sobre hechos y fenómenos en extremo complicados, que en apariencia debian de ser indescifrables, atendido el atraso en que se hallaban las ciencias naturales. Los observadores modernos que tantos elogios tributan á nuestro insigne Huarte, por haber columbrado ya en el siglo xvii los principios de una nueva ciencia, oirán con gusto, á no dudarlo, las palabras del Santo que acabamos de citar; y se quedarán agradablemente sorprendidos, al ver con cuánto tino se expresaba sobre delicadísimas materias el humilde religioso del siglo xiii. «El alma intelectual, dice, aunque por su esencia sea *una*, no obstante por su perfeccion es múltiple en sus facultades. *Y así para las diversas operaciones necesita diversas disposiciones en las partes del cuerpo á que se une. Y por esto vemos que hay mayor diversidad de partes en los animales perfectos que en los imperfectos, y en estos que en las plantas.*» (Santo Tomás primera parte, Cuestion 76, artículo 5, en la respuesta al tercer argumento.) Hemos procurado traducir con toda exactitud; pero deseosos de que el lector pueda examinar las expresiones del original, las trascribimos aquí. «*Et hoc competit animæ intellectivæ quæ quamvis sit una secundum essentiam, tamen propter sui perfectionem est multiplex in virtute. Et ideo ad diversas operationes indiget diversis dispositionibus in partibus corporis cui unitur. Et propter hoc videmus quod major*

est diversitas partium in animalibus perfectis quam imperfectis, et in his quam in plantis.» (D. Th. Q. 76, art. 3, ad 3.)

La sabiduría y el discernimiento de estas palabras son admirables; pero falta todavía citar otro pasaje mas curioso en que se descubre con toda evidencia que el Santo Doctor tenia expreso conocimiento de las teorías frenológicas, y que otros ya entonces se hallaban en el mismo caso. Es notable la prudencia del Santo: refiere, pero no juzga, aplicando con su ejemplo el principio de que en tratándose de fenómenos naturales, antes de afirmar es preciso observar. Hablando de los sentidos interiores, y señalando cierta facultad del alma dice: «Por donde se llama *razon particular, á la cual le señalan los médicos determinado órgano, á saber el centro de la cabeza.*» «Unde etiam dicitur ratio particularis cui medici assignant determinatum organum, scilicet mediam partem capitis.» (D. Th. 1. P. Q. 78, art. 4.)

Eliminada ya la dificultad que podria levantarse sobre la incompatibilidad de los principios frenológicos con la espiritualidad del alma, y demostrado que esta espiritualidad nada tiene que temer de la multiplicidad de los órganos que en el cerebro se supongan, falta ahora determinar si en realidad esta variedad de órganos existe; y además cuáles son las partes del cerebro donde se encuentran. Esta es la parte teórica de la ciencia, la que no obstante debe estar fundada en una serie de hechos observados con la debida exactitud y referidos con rigurosa verdad. Despues falta investigar, si es posible hacer una aplicacion de estos principios deduciendo reglas prácticas para que con la simple inspeccion ó contacto de un cráneo, sea dable adivinar cuáles son las facultades intelectuales de que está dotada la persona; si es posible que se conozca cuáles son las disposiciones particulares que la hacen apta para una ciencia ó profesion; de tal suerte que sin haberla oído hablar sobre la materia, ni ejecutar nada que pueda suministrar indicios de su capacidad, se conjeture la existencia de esta, y hasta se calculen sus grados con alguna aproximacion.

Estamos esperando con ansiedad hechos que sin duda acumulará en crecido número el Sr. Cubí en la obra que tiene anunciada, y deseamos sinceramente que sean de tal naturaleza que basten á disipar las dudas que suscitan todavía algunos sabios contra la Frenología. Como las ciencias naturales, á las que esta pertenece tambien, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía mas ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester que se nos pruebe con ellos: primero, que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una funcion determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que por la simple inspeccion ó el contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educacion, de la instruccion, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pueden resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineacion, ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.

En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningun pretexto á que se la pueda tachar de ilusion y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertenece. La exageracion excita quizás un entusiasmo momentáneo; solo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas

en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobremanera el camino para que pueda entrar en una exposicion dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruidos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro día sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen-éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana*.
— J. B.

LA PALABRA FILOSOFÍA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusi-

va, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no mas de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si basta un simple carreo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuán necesaria era la limitacion que muy de propósito hemos añadido, *y no mas de lo que hay*; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien, demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algun accidente que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan